

# SEMBLANZA de PEDRO GÓMEZ VALDERRAMA

JORGE ELIECER RUIZ

*Con ocasión del ciclo de conferencias sobre "Novelistas Colombianos de hoy", y la publicación del libro del profesor Fernando Ayala, la Universidad propició una serie de conferencias.*

*Con tal motivo, JORGE ELIECER RUIZ Consejero del Claustro, hizo una Semblanza del escritor Pedro Gómez Valderrama que gustosamente publicamos, lo mismo que se recogerán en separata especial las diferentes intervenciones del Foro.*

"Pedro Gómez Valderrama, entre la realidad y la leyenda", podría ser el título de estas líneas que no aspiran a ser una semblanza del escritor proteico, del amigo incomparable, del sistema y político felizmente en uso de buen criterio, sino apenas el esbozo provisional de un retrato hablado, que nos permita a todos identificar a este transgresor de las normas de la retórica, que en un país de retóricos y de académicos ha logrado abolir los géneros, superar las clasificaciones y crear un mundo ambiguo y sutil, del cual él mismo es uno de los personajes más característicos.

Conocí a Pedro Gómez Valderrama en las tertulias que precedieron la fundación "Mito", allá por el año 54. Vivíamos el clima asfixiante y deletéreo de la dictadura populista que había evitado al país los extremismos de una dictadura teocrática, pero que se había erigido en verdugo de la juventud y de la inteligencia. Todos buscamos el principio de una salida; aunque fuera una manera de acortar el terreno y de disponer ciertos límites, algunos puntos de referencia que nos permitieran escapar al derrotismo general. "Mito" fue la condensación de estas aspiraciones, y la mayoría de ustedes conoce el papel que en esta revista desempeñaron Jorge Gaitán Durán, su principal animador y Eduardo Cote Lamus y Hernando Valencia Goelkel. Lo que no se conoce muy bien es el papel que desempeñó la sensatez de Pedro Gómez Valderrama—sensatez de jurista en ejercicio, unida a cierta saudade de versificador retirado— en la consolidación de la revista, en su organiza-

ción, que le permitió alcanzar una larga vida de casi siete años, si se le mide con los criterios de la longevidad literaria colombiana. Pero no se crea que la seriedad de Pedro Gómez reñía, así fuera incidental y transitoriamente, con su constitucional sentido del humor, a la inglesa, ajeno al chiste grosero y a la chanza bajuna. No. Gómez Valderrama impidió que los animadores de la revista cayeran en la solemnidad y aportó, con Jorge Gaitán, aquel sentido de lo erótico que hasta entonces había estado alejado de nuestras letras y que apenas si se insinúa como una pincelada colorista en las peripecias de Arturo Cova o en los drolatismos de "Risaralda".

En esta época participó Pedro en un juicio —en un proceso, con todas las de la ley, con fiscal y defensor y testigos— que se hizo a la María y en donde el alma mojada de Isaacs, y su no menos húmeda obra fueron condenadas a irredimibles penas literarias de olvido y repudio, —condena que no ha impedido que las almas ingenuas de los jóvenes y la contumacia de los viejos profesores de literatura sigan tomando a María como pretexto de sus castísimos efluvios. Ejemplo, el de un eminente profesor Norteamericano que ve "alusiones sexuales" en expresiones tan candorosas como "perfumada mañana", "mujer tan pura y seductora" o "lujoso agosto". Ni con la mejor buena voluntad se podría pasar de la estimación al cariño familiar. . .

Pero volvamos a Pedro Gómez Valderrama. En 1958 publica en las ediciones de "Mito" un pequeño volumen de ensayos, "Muestras del diablo", que pone de inmediato en evidencia la ambigüedad de su talento de escritor, esa oscilación permanente entre la realidad y la imaginación, el ensayo y la ficción histórica, la forma discursiva y el movimiento dialéctico y contradictorio del relato. Libro extraño y original, en donde se exploran muchos de los que un escritor llamaba "los fantasmas familiares" y otro "las brujas y su mundo". Obra, en fin, que preludia más evidentemente los relatos de "El retablo de Maese Pedro", de "La procesión de los ardientes", de "Invenciones y artificios", que los ensayos de "Los ojos del burgués" o las eruditas disquiciones sobre la educación y la cultura, o sobre la vida universitaria que debió hacer cuando se comprometió a redimir a los colombianos de su ignorancia, desde el Ministerio de Educación, y que le valieron el dictado de comunista, que le fue endilgado por los retrógrados y de retrógrados con que lo bautizaron los delirantes de la extrema anarquista y provocadora.

Como yo, a diferencia de don Alfonso Reyes, prefiero repetirme a plagiarlo, voy a repetir aquí unas palabras que dije a raíz de la publicación de "LA PROCESION DE LOS ARDIENTES" y que caracterizan toda la obra de narrador y de ensayista de Pedro Gómez Valderrama:

LA PROCESION DE LOS ARDIENTES es, acaso, la mejor ilustración que pueda ofrecer la literatura colombiana de la profunda y desconcertante diferencia que fijara Coleridge entre la imaginación y fantasía. Para el poeta inglés la fantasía era una calidad subalterna del espíritu que propiciaba la creación de mundos nuevos. La imaginación, en cambio, es aquella virtud del espíritu que permite encontrar nuevas relaciones entre hechos ya establecidos. La primera engendra los monstruos de la razón. La segunda preside la géneris de la poesía y la ciencia.

En vano tratará el lector de encontrar en este libro de Pedro Gómez Valderrama el desbordante torrente de una fantasía abrumadora o desconcertante. Desde la primera a la última de las obras aquí inscritas, la imaginación ciñe un hecho histórico, una anécdota trivial o bizarra, una situación existencial, empíricamente establecida. . . Va destruyendo las verdades convenidas de la historia y va proponiendo una imagen nueva de los hechos, una interrelación diferente de las situaciones posibles, una estructura casi copérnica que viene a perturbar el reposado universo en que dormían Cervantes o Napoleón, el rey Utopos o don Vasco de Quiroga, Cartagena de Indias o el moderno burócrata de la sociedad computarizada. Por un proceso similar al que emplean los historiadores modernos, Gómez Valderrama va tejiendo una trama de relaciones plausibles que lleva al lector de lo aceptado y canónico a lo insólito y heterodoxo, en el sentido real de la palabra, sin necesidad de apelar a la ficción que anula el mundo y desencarna la realidad.

Pero acordar al libro de Gómez Valderrama el precario mérito de rivalizar con la historia, sería limitar las dimensiones de una obra cuya riqueza la torna inclasificable. El ensayo y el relato, la narración histórica y la interpretación sociológica, el poema en prosa y el panfleto político se funden a lo largo del libro para configurar un mundo diferente, una realidad *otra* a partir de la cual el lector se siente tentado a rivalizar con el autor, a colaborar con él, a convertirlo o a anularlo.

Probablemente, tanto desde el punto de vista del arte como desde la perspectiva de la pasión ética, lo más atractivo de LA PROCESSION DE LOS ARDIENTES sea ese aire de libertad que se respira con cada una de sus palabras. El tufo de la academia que tanto tiempo infestó las letras colombianas está proscrito de estas páginas. Un viento fuerte las recorre y levanta. Es el viento de la utopía, de aquel reino inagotable de la realidad.

Tal vez alguien podría agregar algo más a estas palabras para caracterizar su gran obra, LA OTRA RAYA DEL TIGRE, compendio exhaustivo de la ambigüedad, manual de la leyenda y de la historia, narración escrita con las alas de la poesía, ensayo que devora la fantasía y establece la imaginación, tratado de caracteriología de un estado de espíritu que hizo de una región, la región santandereana de Colombia, la tierra de los contrastes y de las ambigüedades, del valor temerario y de la ternura, del ascetismo y de la desmesura. . . Pero yo no debo analizar la zaga de von Lengerke, porque esa es la misión de mi colega Fernando Ayala Poveda, y porque una obra tan rica, de perspectivas tan asombrosas, de matices formales y psicológicos tan variados y antagónicos, reclama una atención más sostenida y un análisis más rigurosa.

Para terminar estos apresurados trazos tan sólo debo agregar algunas pinceladas más. Pedro Gómez Valderrama, al igual que Chesterton, el gran escritor inglés con el cual le hallo más de una similitud, no sólo en su estilo y en su humor, sino en su vida, es un personaje de su propia obra. Acostumbrado a ver la cara oculta y misteriosa de la realidad, su vida ordinaria es tan rica y matizada, como la vida que bulle en sus creaciones. En la misma forma que no puede vivir sin una dosis de misterio, la existencia le sería imposible sin la pasión, pero le resultaría intolerable sin la reflexión.

Injertode Europa en América, Pedro Gómez Valderrama, al igual que Geo Von Lengerke "es un utopista"; uno de aquellos que no se contenta con la barbarie de la realidad cotidiana y viven en una perpetua orgía de creación, en una constante rebelión que los establece como los paradigmáticos testimonios de una ansia de redimir al mundo.